

Sal de sangres en incendio

Alicia Kozameh

reseñado por

Mirian Pino

Universidad Nacional de Córdoba

Kozameh, Alicia. *Sal de sangres en incendio*. Córdoba, Argentina: Alción, 2020. 201 pp. ISBN 978-987-646-904-3

Sal de sangres en incendio, integra un corpus mayor de la autora argentina, residente en EEUU, Alicia Kozameh. Me refiero al quinteto compuesto por *Sal de sangres en guerra* (2018), *Sal de sangres en declive* (2019), *Sal de sangres en pánico* (2020) y *Sal de sangres en sangre* (2021); es importante mencionar estas obras con las cuales *Sal de sangres en incendio* se enlaza polifónicamente para producir una lectura donde el conjunto puede ser leído, incluso, como un solo texto o aproximarnos a cada uno para concebirlos como variaciones de algunos temas, a saber: la memoria, la identidad, la historia, la vida, la muerte e incluso la literatura. *Sal de sangres en incendio* consta de una serie sucesiva de cuadros del fuego y del incendio de sujetos y de cosas; pero el fuego, ya anticipado en *Sal de sangres en declive*, posee una potencia destructora como purificadora, es la vida y la muerte. Las interrogaciones que se alojan en numerosos cuadros de las escenas incendiarias operan como guía de lectura propuesta por un “yo”/“nosotros”, que pulsan la dramatización al tiempo que des/limitan la frontera entre la poesía y la narración porque en el discurrir de las preguntas los sujetos le declaran al límite su incompatibilidad, su sordera.

Es importante señalar que *Sal de sangres...* presenta al mismo tiempo el poder destructor y vivificador del incendio de recuerdos infantiles, de los revolucionarios, del cuerpo en su desnudez absoluta, la carne; el incendio también alcanza a la escritura misma, es decir, vida y muerte se refiere a los sentidos consensuados de cómo escribir literatura. Esta es un espacio en el cual se ensayan otros modos de construcción de sentido, más allá de la ilusión referencial; así, la percepción múltiple sobre la que se monta las secuencias poéticas del incendio intenta narrar a partir de obliterar un único modo de hacer hablar al referente. En este sentido, ingresa otro aspecto central como una concepción preformada de un lector modelo ya que el texto burla un único punto de vista determinado: las luces rojas pueden o no ser monjas, la duda que se instala en los primeros cuadros del libro, se constituye en certeza hacia el final. La familia puede tener dobleces, la infancia, los

objetos del recuerdo como magma de la memoria arden en la espesura de la escritura. Las preguntas, las conversaciones y las imágenes de la memoria se construyen y se deconstruyen a partir de múltiples juegos metafóricos que abisman el fin y la resucitación; así, la Historia es desmembrada en retazos, en leves e incendiarias imágenes que constelan una vida, a partir de la niñez, la juventud, la adultez como itinerario vital para dar cuenta luego de “los revolucionarios”, de los cadáveres o los recién nacidos para referirse oblicuamente a la dimensión histórica social argentina, es decir, a la violencia de la década del 70, de la cual la autora fue testigo y partícipe. Así, la imagen del cadáver es una figura potente en Kozameh y en la literatura argentina luego del golpe de Estado; la acción de arrastrarlo es una marca central que a modo de fantasma reaparece en el espacio del incendio; es decir, aquel se articula con el fuego, pero al mismo tiempo el cadáver condensa el trabajo de la memoria, de un duelo diferido que bulle por acción de las ráfagas que arden.

La sal es otra imagen potente para la cultura occidental en Kozameh se evidencia desde el título de la obra; en esta dirección, es preciso acotar que la alquimia entre la sal y la sangre construye un diálogo con diversas tradiciones religiosas y esotéricas. Sal y sangre son tributo y combustión, acción purificadora de la Historia y de la memoria, saldo, traza, fantasmas y sueño; sal de sangres en un incendio infernal que es preciso habitarlo desde otro lugar, pero ¿cuál? Kozameh destotaliza ciertos mitos como el de la tradición cristiana del infierno y quizá sea la escritura como invocación la que lo deconstruye, provoca fragmentos de sentidos que se burlan de las totalizaciones; de este modo el texto se debate entre la destrucción y resurrección donde habiten otros sentidos. De ahí, la importancia que las diferentes secuencias incendiarias poseen en los relatos de yo, nosotros, nosotras a partir de las cuales es posible escuchar el rumor (doloroso) del mundo, base de toda polifonía.

Nada queda a salvo en el infierno de fuego de Kozameh porque en la buena literatura nada está prohibido, ni en cuanto a tema ni en el estilo. Y nuestra autora se vale de diferentes tradiciones estéticas, entre la que se cuentan el barroco y el gótico, la importancia del sueño y el surrealismo, el objetalismo, de Alain Robbe Grillet, los múltiples puntos de vista de Henry James, el expresionismo, entre otras; todas estas tradiciones están invocadas por Kozameh; emergen todas y simultáneamente ninguna, porque la autora las funde, las atraviesa a partir de un ardor atávico constituido por la pira de sujetos, palabras y cosas *en* incendio.